11 Cuentos reunidos
de pescadores

01
La ilusión de pescadores

Las ilusiones de los pescadores son como las espumas que traen las olas.
Llegan sobre las aguas a la orilla con el fuerte viento, dónde las canoas acunan los mismos sueños.

Desaparecen y luego vuelven a aparecer, repitiéndose el ciclo.
Una y otra vez con fuerte viento que siempre sopla desde el este.
Las canoas se mecen y esperan, a los pescadores, sus dueños.

En las orillas del Ñeembucú, todo me recuerda a remos, viento y espumas en la orilla.
Aparejos de la pesca y el olor de las carnadas.

Los pescadores van y vienen como navegantes llevando sus ilusiones de pescar, un destino mejor persiguen.

Los pescadores sueñan en,
atrapar “el gran pez" de Ernest Hemingway.
Como en la historia de, "El viejo y el mar".
Pero eso no sucede en Paraguay.
En algunas de esas travesías dicen, esta vida de pescadores va a pasar.

Idas y venidas son días que hacen meses y
años, que transcurren y no dejan huellas, como en los versos de Machado
“Caminante no hay camino”
“Sólo estelas en la mar”

Pescadores hacen historias contando sus muchas anécdotas.
Verdaderas o no.
No se pueden demostrar.

Como cuando escribo de la vida ficciones
Ficciones y realidad son una y tal vez
Como son todas las ilusiones
De pescar y traer el gran gran pez
Sin que lo devoren los tiburones

Como viejos pescadores.
Seguimos en alta mar
En busca de la hazaña.
Somos viejos luchadores
Y así será, hasta mañana…
Hernan Benitez Denis

02
Vivencias de un pescador,
Juán y María

Esa mañana, Juán el pescador ha salido en bicicleta a ofrecer por las calles de Pilar, los pescados que mantiene fresco en un viejo freezer. Ha vendido un poco y ahora llega a su casita, no lejos del Arroyo Ñeembucú, en el Barrio Obrero.

-Estoy cansado de pedalear, le dijo a María, su mujer, que le pasa una jarra de plástico con agua fría y remedios yuyos, con la guampa del tereré.
Juán toma su tereré sentado en su viejo sillón de cable. Estaba preocupado y pensaba cómo hacer para sobrellevar los días que se avecinan.
Mientras, María vuelve a acomodar en el viejo freezer los pescados y trozos que quedaron sin vender.

-Puedo hacer algún dinerito como pasero, dice Juán, pensando en voz alta, -llevando gente al otro lado, por el Puerto de Ayala Pato, al Barrio Guaraní, - y María hizo como si no le escuchara.

-La vida es dura para un pescador de oficio, no siempre hay pique ni todo se vende -, se quejaba Juán.
Tenía sobre la frente arrugada, prematuros mechones blancos de preocupaciones juntas.

María ya le estaba despidiendo a sus dos varoncitos para que vayan a la Escuela San José Artesano en el primero y segundo grado.
Allá van descalzos, limpios y bien peinaditos, por los caminitos del bajo de la orilla del Arroyo Ñeembucú.

María, una joven de hermoso rostro, una morena de cabellera negra, larga y lustrosa de las que a veces tenía en trenzas.
Aunque desgastada por la preocupación, sigue como siempre sin decaer y sabe dar ánimos a Juán con una bella sonrisa.
Y mientras le abraza por detrás a Juán en el viejo sillón de cables.
Juán simula que se cae y terminan en el pasto abrazados.

María trabaja lavando ropa de los vecinos más acomodados. Y luego hará el planchado a domicilio, como una entrada más del dinero que necesitan para ayudarse.

Ambos son jóvenes pero ya la vida les ha condicionado a una forma de vivir.
Pero sin dudas, Juán y María son felices con sus hijos, con su casita hacia el bajo del Arroyo Ñeembucú, provienen de una familia de pescadores de antaño.

En ese entonces yo era un casi adolescente en el vecindario cuando conocí a Juán el pescador.
Recuerdo que me contaba de sus vivencias, en esas noches compartiendo con sus hijos más pequeños, bajo el alero de techo kapi, estaba la cocina en la parte más baja de la casita, hacia el patio.

Como uno de la familia, Juan, su mujer y sus hijos pequeños alrededor del fuego a leña, en una de esas noches frías y lluviosas de invierno, yo estaba allí.

Sobre el estrebe de hierro se calienta el agua hasta su punto en la pava negra de hollín. María le ceba en el caygua el mate espumoso que eleva su vapor y se huele el remedio yuyo de manzanilla, florcitas moradas de siempre vive, con hojas de burrito.

Va y viene la mateada y también los casos ñemombe'u, que nos cuenta Juan. De los pescadores de antes, de Perurimá, de Karai pyhare, umia.
Los más mitaí de Juán ya tenían miedo pero también querían seguir escuchando de los casos a “lo ymá”.

Afuera seguían cayendo rayos, pero cada vez más lejos, porque el fuerte trueno tarda en llegar un poco cada vez más.
“Ombo ryryy pa pe korapy”.
Ahora,...ya ha dejado de llover.

Aprovecho para salir y me despido para cruzar la calle, salto sobre el raudal que pasa ruidoso hacia el Arroyo Ñeembucú por el murito de contención.

Entrando a mi casa, todavía huelo el olor a pescado frito que llena todo el aire.

Es el olor de la cena en el Barrio Obrero, en la cuadra de la esquina, en la casita de mi amigo Juán, y por donde pasan la vida de los pescadores.

-Dentro de unos pocos días volveremos a la pesca con los amigos-
“Oky pa rire, ndaipori pirá”, - me había dicho Juan al salir de su casa.
Esa noche soñé que era un pescador.
Hernan Benitez Denis

03
Los pescadores de profesión

Son quiénes se ganaban la vida con esta actividad.
Los que con canoa y remos se van con muchas ilusiones a buscar el sustento de la familia con la venta de pescados.
Para que sus hijos tengan un mejor destino que él, estudiando.

Rara vez yo los vi, y de esto ya son varios años atrás, cansinos y viejos por las calles de los Barrios de Pilar, ofreciendo pescados.
Tal vez algunos todavía queden como viejas estampas de ayer.

Los pescadores de oficio desaparecieron con el tiempo, y solo nos quedan recuerdos, de los nombres y sus anécdotas.

Recuerdo que me gustaba escuchar a los viejos pescadores cuando me cuentan de sus hazañas increíbles.
Eso era tradicional en ellos, tergiversar la realidad, porque los ayudaba a sobrevivir con las ficciones.
Al final la vida misma es así.

Me iba a los bares en los tugurios de una orilla perdida donde se reúnen y se cuentan de sus hazañas.

"En tal parte del Río Paraguay luché toda la noche con un “gran pez”.
Como si tal cosa fuese un “monstruo de las profundidades", a punto de ganarle, se me fué.
En guaraní suenan más fantásticas como si estuvieran en un “plata ybyby”.

Otro, "la tormenta que llegó me llevó a la deriva hasta que perdí mi canoa y me salvó una sirena”. El espíritu de una bella muchacha que se ahogó en ese mismo lugar”.

Así, mientras se imaginan, van tomando su guaripola, la caña blanca con fernet, que Don Arce, era el dueño de un bar con mal nombre, al que le dió fama,“Taú ché raé”, así se llamaba porque le metía un trago a cada vaso que servía.

Y yo que era todavía un mitaí, los veía volver de la pesca.
Eran jóvenes cuando se fueron, volvieron viejos y cansados.
Pero no tan viejos, solo llegaban con barbas y cansados, pero contentos.

Recuerdo cuando venían subiendo por el caminito del bajo del Arroyo Ñeembucú dónde dejaron varadas las canoas.
Llegan en hileras en la cuadra de la esquina y pasan entre nosotros con grandes pescados colgados por un travesaño.
Tal vez no eran tan grandes y solo porque yo era muy pequeño todavía, me parecían.

Al pasar por la esquina de la cuadra, en medio de nosotros, los grandes pescados nos miraban con sus ojos redondos de cristal.
Y de curiosos los mitaí les seguiamos con los ojos bien abiertos, grandes como estanques de agua, donde los pescados se zambullían de nuevo.

Por ser inocentes no cabía en nosotros los mitaí, la idea de la muerte
Así al menos yo recuerdo haberlos imaginado, entre todos alborozados y tras ellos festejando, la vuelta de los pescadores de la cuadra.
La vuelta de los pescadores del Barrio Obrero, todos vecinos y conocidos.

Querría alguna vez, encontrarme con algunos que aún viven para poder invitarle a tomar unos tragos conmigo en "El Bar de los recuerdos".
Y que me mientan toda la noche, contándome de sus hazañas increibles. Y así brindar varias veces, para volver a recordar al escribir, sus inverosímiles relatos.

Ellos, los viejos pescadores ya son como aquellos barcos oxidados que se quedaron a la deriva.
Son como esas canoas en desuso que de vez en cuando uno encuentra en las orillas.
Todos han quedado varados de la vida y están más cerca de desaparecer como esas oleadas con espumas.

Pero siempre llevaré sus recuerdos como las últimas oleadas del agua que fue su medio de vida.
Ya sienten que le acarician con mansedumbre en sus encorvadas espaldas.
Y tal vez, le arrullan esas viejas canciones que hablan de los pescadores.

Pero definitivamente sus canoas parecen las cunas de los sueños perdidos, al igual que su profesión de pescadores, con la vida se les va yendo de a poquito.
Se les escurren como peces de entre las manos.

Pero qué importa, cuando todo se ha dado y todo se ha vivido de esta manera, como los pescadores de profesión.
Pocos trabajaron siendo tan libres, remando mucho la vida.
Gozaron mucho y sufrieron poco, o al reves a veces, esto no lo sé, pero aún así, a su modo, fueron felices de vivir al mismo tiempo en un canto de libertad.

Aunque ya están viejos, vivieron con dignidad y con honor, me cuentan sus hazañas, de remos, de aguas, tormentas pasadas, de canoas volcadas y de grandes peces que nunca pescaron.

Y como si nunca más habrán otras aventuras igual a las que ellos pasaron, ya no importa que nadie les crea.
Yo sí como si fueran ciertas o mentiras, seguiré creyendo.
Ellos son mis conocidos pescadores de profesión, los de antes.
Ya so parte de leyendas y los “casos ñemombe'u, de un pueblo de pescadores y de obreros.

Y en este relato les cuento, que viví parte de sus experiencias.
Porque cuando era joven, aunque con otra mentalidad por estar estudiando, me gustaba andar en solitario para encontrarlos en los viejos y olvidados bares, para escucharlos contarse entre ellos.
Entre el humo de los cigarrillos negros, el intenso olor del pescado frito que tanto me gusta.

Aunque nunca fui pescador de peces, pero si aprendí a pescar los sueños de la memoria, para traerlos en imágenes, y es lo que escribo.

Me gustaba realmente estar entre el humo de sus cigarros, contándome sus historias y probar también un poco de la “guaripola”, caña blanca con fernet.
Y en esas noches no faltan los bohemios con arpas y guitarras que llegaban como el recordado Don Vicente Arco.
Y ya nadie podría aburrirse.

Nunca me canse de sus increíbles historias, con tanta capacidad imaginativa, aprendí mucho más de la vida, en los olvidados bares de los recuerdos de las costas, en algún rincón de la orilla, en un perdido almacén, del Barrio Obrero de antaño.
Hernan Benitez Denis

04
La salida de los pescadores

Desde la memoria llegan, imágenes de aquellos pescadores cuando bajan al Arroyo Ñeembucú, donde les esperan sus canoas.

Pasan como sombras entre nosotros en la esquina de la cuadra donde jugamos, y la luz del farol dibuja sus estampas de hombres rudos.

Les mirábamos bajando por la tardecita casi al anochecer ya, hasta la orilla del Arroyo Ñeembucú, donde las canoas se mecen como cunas, guardan los sueños y las esperanzas de sus dueños, los pescadores.

Allá van, están bajando por el caminito, y han pasado entre nosotros con los rostros curtidos y parecen entristecidos, quizás por la despedida en sus hogares.

Ahora se irán juntos, pescadores, canoas, liñadas y en los recodos del Río Paraguay lanzan sus redes, por ahí si pescan un mejor destino.

Al pasar por aquí tocaron la cabeza de sus hijos pequeños, y se despidieron de todos nosotros, los mitaí de la esquina.
María, la esposa de Juán vino con su hijito en brazos hasta aquí, para despedirle.

Es una despedida con una mezcla de añoranzas y de esperanzas, con forma de rara alegría y tristezas juntas.
Y aunque se repita mil veces, la vida de los pescadores contiene estas imágenes que traigo desde la memoria.
Y cada salida a la pesca es como una breve mudanza de algunos días, irán recorriendo y buscando buen pique para traer los pescados para la venta.

Son los pescadores de profesión que se ganan la vida, sacando de las aguas sus frutos, buscando con sabiduría milenaria en lugares donde salen peces de buen precio y de gran tamaño.
En alguna orilla harán campamento y allí se turnaran para salir a pescar y otro grupo se quedará a cocinar.

Para eso se proveyeron de todo lo necesario, aparte de los aparejos de pesca, tanzas, anzuelos, liñadas, plomadas, linternas, pilas, radio, fósforos, conservadoras, carnadas, aceites, cigarros, cigarrillos y algunos vinitos en cartón, llevaron.

Del almacén de karai Perú Benitez, de mi casa en la esquina de la cuadra se surtieron de galletas Bermejo grandes y blandas.
Latas de picadillo y trozos de mortadela que Doña Pabla, mi mamá, traía de sus viajes a Bermejo.
Y de esta parte contaré en otros relatos cuando cada tanto en la lancha Iris o Liguria, viajaba por una semana.

El típico avío de los pescadores eran tortillas en medio de las galletas Bermejo para el trayecto, porque luego irán pescando y cocinando bagre y parte de lo pescado, para el pirá caldo o frito.

En ese tiempo yo solo era un mitaí de la costa, que pescaba con canita y anzuelo de alambres.
Pescaba con masita para bagreí.
A veces pikys y mojarritas que devolvía al agua.

Para los pescadores de mi Barrio Obrero y de las cuadras aledañas, de aquellos tiempos idos cuando veía a los pescadores, pasando entre nosotros en la esquina de mi cuadra donde jugábamos.
Hernan Benitez Denis

05
Pescadores del Barrio Obrero

Un homenaje descriptivo de los pescadores de esa cuadra de mi Barrio Obrero, cuando pasaban por esa esquina de la columna de caranday y éramos un grupo de niños jugando en la arena de la calle.

Cuando salían para la pesca, que era el modo de traer el pan de cada día a sus hogares, me llegan desde la memoria sus estampas de hombres rudos y muy sacrificados.

Los mirabamos bajar por la tarde, casi noche, hasta la orilla del Ñeembucú, por el caminito al costado de la casa de Don Vallejos, a cuadra y media, están las canoas amarradas que cabecean como en sueños con cada ola, que viene y va, en susurros, con el persistente viento noreste.

Han pasado entre nosotros en la esquina, con sus rostros curtidos se inclinan algunos y se despiden de sus hijos pequeños, algunos gateando en la arena sin entender lo que pasaba.
Y de nosotros los más grandecitos, mita'i akahata, tocan la cabeza de algunos, alborotando melenas.
Les hacemos un poco de fiestas siguiéndoles alborozados con los pies desnudos, solo por un trecho.
Allá van como sombras y ya solo veo las puntas de los remos.

Con sus aparejos de pesca, llevan linternas, pilas, radios, cigarros, vinos en cartón, utensilios para cocinar, carnadas, plomadas y todo lo necesario para el pirá chyryry, el piracaldo y los avíos para comer durante el viaje por las aguas hasta encontrar los primeros piques.

Los pescadores hacen una mudanza de sus casas por varios días, semanas dejando sus hogares, viviendo por las aguas, a veces por las costas.
Hay lugares donde estiran las canoas, o se quedan y hacen un campamento.
Todo es con un no escrito itinerario de antemano, solo guiados por la sabiduría ancestral de los viejos pescadores que le traspasaron desde años, siglos de prácticas, como fueron esos pescadores errantes de nuestros pueblos originarios, los primeros dueños de estas tierras y sus aguas, “umí ñande ypykué”.

Esta es la vida de los pescadores de mi cuadra, del Barrio Obrero, navegantes por la necesidad, que se deslizan en sus canoas, cabalgando por las praderas de sus sueños, como en Rocinantes, y ellos son Quijotes, que usan remos como lanzas y arremeten desde la orilla de donde salieron en busca de “molinos de vientos con sus aspas”, gigantes como sus “necesidades para abatir”.

Al llegar a la desembocadura del Arroyo Ñeembucú, donde las chimeneas lanzan humos de la Manufactura de Pilar, en el lugar conocido como Fábrica bajo.
Desde este punto las canoas tomaron diferentes rumbos.
Son varios los lugares para ir probando donde haya buen pique.
Pescando por los embalses, los recodos del Río Paraguay, pasaran los días con sus noches.
Algunos prueban hacia los islotes como Yuquerí, Payaguá, mientras otros van hacia el Río Paraná, siempre siguiendo la costa.
Hernan Benitez Denis

06
Últimas reflexiones sobre los pescadores

Recordando a los antiguos pescadores, con canoas y remos, a pleno músculo y pulmón, salían con la esperanza de volver con buena pesca para la venta, en carretillas o bicicletas por las calles de Pilar.

Ha llegado el tiempo para recordar sus historias que serán contadas como leyendas traídas a la memoria como las anécdotas y proezas de los antiguos pescadores

Hay ciclos en la vida que vienen y van pero el de los auténticos pescadores ya pasó y soy de la generación que vivió su época de esplendor.

Cuando había una orilla y se escuchaba el murmullo de las olas en la penumbra donde se dibujan las siluetas de las canoas.
Que parecen cunas donde se mecían los sueños de los antiguos pescadores.

El tiempo pasó y esas voces quedaron en rondas de amigos en los bares de las orillas entre risas y bromas, recordando con nostalgias, el sacrificado oficio de pescador.

Son historias que se deben contar, más que las otras historias urbanas de vida, de una forma de vivir, plastificada, artificial, rutinaria y predecible.
Mientras que los pescadores tienen historias de aventuras de un tiempo agreste, natural, peligroso, y bellamente salvaje.

Que no muera esta forma de pensar mientras haya surubíes, dorados, patíes, tres puntos, pacúes, bagres, moncholos, liñadas, anzuelos, tanzas y carnadas.
Canoas y remos.

Y me pregunto:
¿Dónde estarán los pescadores de la cuadra de mi Barrio?.
¿Dónde están sus canoas?.
El otro día, miré hacia la costa y ya no hay pescadores como antes.
Artificialmente han matado definitivamente lo rústico y han profanado todos los lugares con los motores poderosos en HP(Horse power), con sus deslizadoras y carnadas con tecnologías incorporadas.
¿En nombre de qué?.
¿El Progreso?.
No me hagas reir imberbe.

Toma este espejo que te doy y podrás mirarte para entender algo de tus antepasados.
De estas tierras sureñas de hombres y mujeres que forjaron sus destinos en luchas desiguales respetando lo natural.
Llegados de los montes de “esas islas de tierra entre esteros”.

Llegaron abriéndose sus caminos.
En esta tierra sureña regada con sangre de héroes olvidados.
Entre ellos también hoy los pescadores, hombres y mujeres sacrificados, de los más felices que conocí.
Igual que las heroicas lavanderas, veo todas esas sus huellas en la arena imborrable de mi memoria, y me hacen feliz.
Porque también pude recordar que las conocí en su humildad.

Terminaré reconociendo el progreso y sus consecuencias, eso lo sé como que ahora hay pesca con motores y el casco es de metal, aunque también se coloca en las canoas tradicionales.
Son exponentes de la modernidad para estos tiempos, en la práctica de la pesca, como deporte, conscientes de reglas claras en los Torneos en que participan como profesionales, organizados en Clubes y así se busca atraer dentro de unos calendarizados Torneos de Pesca, al Turismo sin chimeneas.

Tengo la esperanza que la protección de nuestra riqueza ictícola se hace de esta manera al fomentar la pesca responsable evitando la depredación.
En un pesca de ejemplares que hayan pasado por el proceso de su reproducción.

Que no haya la pesca indiscriminada sin control por lo comercial, para que haya futuro para estas actividades y se proteja de la voracidad de los foráneos disfrazados como turistas o pescadores deportistas.

Ahora me permito este último capítulo, como “Un recuerdo de El Preferido”.
Así se llamaba la canoa color verde de mi papá.
Era veloz al deslizarse y liviano en cada remada.
Lo hice en diferentes estilos, remando sentado o a pie sobre cubierta.
No era “celoso”, imposible de volcar.
Pero un día también encalló en la playa de los recuerdos donde el tiempo lo dejó.

También a esa misma playa se fue el navegante en busca de sus sueños.
Y cruzó la orilla por última vez, hasta la otra opuesta a la vida.

Mi herencia mayor como mitaí fue conocer de estos hermosos lugares.
Haber nadado entre los mandiyú randy, camalotes, yuquerí, viendo posarse a los mbiguá, y a los inquietos aguapeaso.

Pescar en la costa mirando la zambullida del martín pescador.
Pescando con anzuelos de alambre, preparar masa para mandií, limpiar y freir pescados.

Pero por encima de todo, comprender el lenguaje para dialogar con las aguas, los remos y canoas, entre pescadores, entre la belleza natural de los lugares, y dejar constancia de haber vivido intensamente.

Y más que nada, por encima de lo material, valorando la mayor riqueza jamás igualada, lo encontrado y vivido en las orillas del Arroyo Ñeembucú, en la esquina de la cuadra, en el Barrio Obrero, en el Pilar de antaño y en el Paraguay de siempre.
Hernan Benitez Denis